

—Lo que no está bien en mi país es que no tengamos un poeta que sea total: Colombia tiene a Valencia, Perú, a Chocano; aquí, Díaz Mirón, González Martínez. Yo voy a hablar en una conferencia sobre los poetas nuevos de allá: uno que hubiera sido mucho es Pezoa Véliz; el más popular, según el plebiscito, es Daniel de la Vega, el de «Las Montañas Ardientes»; y sobre Prado, a quien mucho quiero por su limpieza de espíritu, está escribiendo algo Castro Leal, y lo que ustedes no saben es que los dos se reúnen a leer lo que va escrito y que se ríen. ¿Y los de Centro América?

—Un día de estos le voy a presentar a Arévalo Martínez, Guillén Zelaya, Wyld Ospina, Robleto y hay un Padre Pallais que le llamará la atención.

—Los poetas de allá —repuso— se distinguen por eso: por la movilidad, por lo cambiante, por el color. Darío era en eso muy centroamericano, Chocano parece de allá...

—En Costa Rica la esperan desde hace muchos días. Hasta hay —añadió— una suscripción nacional de los maestros y de los intelectuales para que usted vaya.

—Iría si se arreglasen ciertas difi-

cultades que podemos vencer. Quiero visitar la tumba de Rubén. ¿Ustedes saben, Rubén me hizo entrar en mi país cuando publicó un cuento mío en «Elegancias». Allá en Costa Rica tengo un amigo: García Monge, el que con su «Repertorio Americano», como Turcios con «Esfinge», ha hecho mucho por la publicación americanista. Yo leo totalmente el «Repertorio» y en Sud América nos hace mucho bien.

Con su voz discreta, apenumbando toda emoción, matizando lo que dice con eso que tiene lo que ella ha llamado «el paisaje fino de México», Gabriela Mistral es humilde y orgullosa como el lirio y quieta como el campo en que todos tenemos el derecho divino de sembrar o de cortar una sonrisa; y es a la vez imperiosa y misteriosa, como la estrella de la tarde.

Aquella vez, cuando la luz era una bondad y el aroma un delirio, charlando con Gabriela, que, estaba como nunca llena de sol, me sentía como en el poema de Juan Oruchaga, con «ganas de hacer del alma un aro azul para echarlo a rodar hacia los valles».

RAFAEL HELIODORO VALLE

(El Universal Ilustrado. México, D. F.)

Bilbao y Lamennais

EN la primera quincena del mes que acaba de terminar, los admiradores de Felicité de Lamennais, conmemoraron con una peregrinación a Bretaña, el país de su cuna, el 140 aniversario de su nacimiento. El abate F. Duine, limosnero del Liceo de Rennes, le dedicó larga biografía en un volumen de trescientas ochenta páginas. Acaso en nuestra América nadie se ocupa ya de aquel que llamara al chileno Francisco Bilbao su hijo, a ese mismo Bilbao que dió nombre al primer centro de propaganda liberal en el Uruguay y cuya elocuencia se hizo sentir hondamente en Santiago, en Lima y en Buenos Aires.

Sin embargo, el recuerdo del filósofo rebelde debe también perdurar entre los naturales de Hispano-américa, consecuentes admiradores de los movimientos revolucionarios franceses de 1789 y de 1848. La reacción, que para esas dos fechas se creyó abatida para siempre, intenta hoy levantar cabeza y sus bien organizados centros no apartan sus ojos de las tierras llenas de porvenir heredadas de nuestros antepasados. Tenemos, pues, que velar por el mantenimiento de una tradición que nos honra y, en consecuencia, no debemos perder la oportunidad de rendir homenaje a los pensadores cuya obra contribuyó en buena parte

a arraigar en nosotros ideas avanzadas y humanitarias.

«Era niño —confiesa Bilbao— cuando por primera vez supe quién era Lamennais. Salía del colegio en una tarde de verano, hora de quietud y silencio en la ciudad, abrasada por un cielo refulgente. Me encaminaba a ver a Pascual Cuevas que vivía oculto y perseguido. Estaba leyendo una obrita, y al verme me dijo: he aquí, Francisco, lo que te conviene; era «El libro del Pueblo», de Lamennais. Me leyó un fragmento, le pedí la obra y desde entonces la luz primitiva que fecundó la «Araucana» de Ercilla, recibió en mi infancia la confirmación o la revelación científica del Republicanismo eterno, que recibí de mi patria independiente y con la palabra de mi padre».⁽¹⁾

Con la revelación científica que el pensador chileno menciona, nació su ideal democrático, por el que sufrió cárcel y persecuciones. Lo mismo que su padre espiritual. En sus tierras respectivas, los dos, Lamennais y Bilbao, conocieron el goce de la popularidad surgida de un apostolado y los sinsabores peculiares a los propagandistas expuestos a las veleidades de las mu-

(1) F. Bilbao, «Obras completas», (Tomo I, pág. 123).

chedumbres y a las maniobras de los directores de multitudes.

Del Lamennais más papista que el pontífice de Roma, del Lamennais del *Ensayo sobre la Indiferencia*, no se enamoró Bilbao sino del Lamennais cristiano de las *Palabras de un Creyente* y de *El libro del Pueblo*. Fueron aquellas palabras reveladoras las que inspiraron al ideólogo americano su panfleto la *Sociabilidad Chilena*, caído como aerolito sobre un país en donde una oligarquía poderosa no perdonó al autor tamaña audacia.

Es la *Sociabilidad Chilena*, la profesión de fe de un joven ardoroso de veintiún años influenciado por las lecturas de Lamennais y dueño de un estilo conciso y sonoro, raro en su época. Al presente, aquel escrito ofrece sólo un interés histórico. El prueba, una vez más, la enorme influencia ejercida en nuestra América por los intelectuales franceses, especialmente por aquellos que, aun traicionando su origen, se elevaron a las regiones más altas del pensamiento, por arriba de los estrechos límites de la patria, a la que mejor sirvieron buscando ser útiles a toda la Humanidad. Y aquí es de recordarse que aquel joven soñá-

Una tarjeta de Gabriela Mistral

GABRIELA Mistral saluda cariñosamente a su muy apreciado amigo don Fausto Coto Montero, y le dice que a pesar de su deseo de estar pronto con ustedes, su viaje a Costa Rica tiene que ser postergado por haber firmado un contrato para quedar en México algún tiempo más. Yo quiero que en ningún caso este aplazamiento vaya a ser interpretado como negativa a ir, ni como desvío. La forma en que la invitación se me ha hecho es tan honrosa y toca a mi corazón tan fuertemente, que primero dejaría de ir a Chile que a Costa Rica. Haga usted llegar, mi amigo, a todos los compañeros y especialmente a García Monge, a Carmen Lira y a Angela Acuña, estas mis palabras.

Respecto de su pedido de colaboración, van otras canciones.

Le ruego me obtenga de los músicos respectivos la copia de mis Canciones de Cuna. Se me extravió el número correspondiente de las Revistas.

Luego irán algunos ejemplares de las Rondas de Niños puestas en música mexicana. Mientras tanto, van las chilenas, que le ruego distribuir en las escuelas que usted estime conveniente.

Sabe que no le olvido y que sigo su labor con muy leal cariño.

Col. Campestre 92. San Angel, D. F.